

CORONAVIRUS

Adiós a las misas: En Italia “Iglesia Patriótica” igual que en China

ECCLESIA

10_03_2020



**Riccardo
Cascioli**



“Dios no es capaz de responder a nuestras necesidades”. Así lo escribimos en un editorial hace unos días para definir el mensaje que parecían lanzar los obispos de las tres regiones italianas más afectadas por el coronavirus con la decisión de suspender

las misas de cara al público. Pero después del domingo 8 de marzo, la Conferencia Episcopal Italiana (CEI) ha decidido suspender las misas en toda Italia por lo menos hasta el 3 de abril. Ese juicio da la medida de la gravedad de la decisión tomada. Más aún si consideramos que, a medida que el virus se propaga a otros países, la decisión de la Iglesia italiana - Italia es el país del Papa - se convertirá fácilmente en un modelo para todas las Iglesias.

En el momento más dramático para nuestro pueblo, cuando tantos están en manos del desconcierto y el miedo, cuando tantos se preguntan “cómo nos salvaremos” y “quién nos salvará”, la Iglesia mira hacia otra parte y renuncia a proclamar explícitamente a Cristo como el único Salvador. Italia, toda Italia, por primera vez en la historia, cierra sus iglesias a la celebración de la misa. Un mes, tal vez más, incluso en zonas donde los casos de infección se cuentan con los dedos de una mano.

Estamos seguros de que esta decisión tan chocante, para algunos -quizás incluso muchos- será una oportunidad para la conversión personal, pero la objetividad de una decisión que transmite un mensaje devastador permanece: la misa no tiene nada que decir sobre lo que es más importante para nosotros en la vida. Lo importante es la salud, no la Salvación.

La CEI, dice el comunicado publicado el día 8 de marzo, “en las últimas semanas ha hecho suyas, relanzándolas, las medidas con las que el Gobierno se compromete a combatir la propagación del coronavirus”. El decreto gubernamental -con el que hay “una relación de diálogo y colaboración”- continúa la declaración de los obispos, “suspende a nivel preventivo, hasta el viernes 3 de abril, en todo el país las ceremonias civiles y religiosas, incluyendo los funerales. La interpretación proporcionada por el Gobierno incluye estrictamente las santas misas y los funerales entre las ceremonias religiosas. Este es un pasaje muy restrictivo, cuya aceptación provoca sufrimientos y dificultades entre los pastores, sacerdotes y fieles. La aceptación del Decreto se hace únicamente por el deseo de hacer su parte, incluso en esta coyuntura, para contribuir a la protección de la salud pública”.

Se podría discutir sobre la ilegitimidad de una intervención del Estado italiano en la regulación del culto católico. Pero evidentemente el tema es superado por la clara voluntad de la CEI de mostrar que los católicos son buenos ciudadanos y hacen exactamente lo que el Gobierno espera.

La misa se convierte así en una ceremonia religiosa ordinaria, un simple acontecimiento comunitario al que también se puede renunciar si se quiere preservar la

salud pública.

Que la misa es precisamente el arma más poderosa que, a través de la oración y la penitencia de los fieles, puede detener la epidemia, es una idea que ni siquiera se le pasa por la cabeza. Y lo hacen olvidando así la historia de la Iglesia que, sobre todo en Italia, nos ha dado decenas y decenas de santuarios erigidos en agradecimiento al Señor por haber detenido peligrosas epidemias (mucho más peligrosas que la actual, por cierto). Y olvidando también lo que el Magisterio de la Iglesia enseña sobre la relación entre la santa misa y el bien común (lea aquí el artículo de Stefano Fontana).

La CEI acepta sin muecas de dolor, incluso con una adhesión entusiasta, ponerse a las órdenes del Gobierno, sin siquiera intentar explicar que las masas podrían dar una gran mano al propio Gobierno para erradicar el virus.

Sin embargo, precisamente para respetar la sustancia del Decreto del Gobierno italiano, es decir, para evitar las reuniones masivas, los obispos podrían haber propuesto más misas para poder distribuir a la gente; garantizar la separación de la gente en la iglesia de tal manera que se respete la distancia de persona a persona requerida por el Gobierno; saltarse el signo de la paz e incluso llegar a no distribuir la Eucaristía, invitando a la gente a la comunión espiritual; comprometerse a misas más cortas. Y quién sabe cuánto más. Hay muchas posibilidades de respetar el Decreto del Gobierno sin renunciar a la santa misa. Tanto es así que muchas de estas soluciones son las que se han adoptado para poder continuar con otras actividades.

Algunos obispos han dicho en sus comunicados: si no podéis venir a misa, rezad más en casa. La intención es comprensible, pero a la larga será una sugerencia bumerán: el mensaje es que, al fin y al cabo, una lectura del Evangelio en casa puede sustituir a la misa. Y si Italia, donde está el Papa, hace esto, ¿qué harán en otros países a medida que el coronavirus se expanda? Lo imitarán, por supuesto: ésta sí que podría ser una catástrofe.

La lectura del comunicado de la CEI da la extraña e inquietante sensación de estar ante una jerarquía eclesial que se concibe como una emanación del Gobierno, formalmente autónomo pero en realidad sucumbiendo. Incluso en la Iglesia italiana parece prevalecer el modelo chino: una Asociación Patriótica de Católicos que depende del Gobierno, que hace sus propias elecciones, ahora también litúrgicas, que emanan de las necesidades del Gobierno; que nunca discute realmente una decisión del Gobierno (de izquierdas) aunque vaya en contra de la vida, la familia y la libertad de educación. Es una jerarquía que, para ahorrar el dinero que viene a través de los

impuestos de los italianos, siente la necesidad de demostrar continuamente lo bueno que es educar a los católicos para ser buenos ciudadanos, obedientes a todo el acoso del poder.

No es de extrañar, por lo tanto, que junto a la Asociación Patriótica también aparezcan espontáneamente sacerdotes “clandestinos” que celebran en la iglesia o en los hogares de algunos creyentes de confianza, para no llamar la atención. Sí, porque como en China también aquí hay ahora los diligentes funcionarios del Estado que controlan las iglesias, que no se diga misa; y como en China también aquí descubrimos sacerdotes delatores que meten a sus hermanos en problemas por celebrar la misa con pequeños grupos. Recibimos muchos informes al respecto.

Es realmente cierto que muchos virus vienen de China, y el Covid-19 no es en absoluto el más peligroso.